

Febrero 23.

Durante la noche anterior no ocurrió otra novedad, que un tiro-teo sin importancia, que sólo duró algunos minutos.

Apénas había aparecido en el horizonte una pálida faja de luz, cuando en el cerro de la derecha **A** comenzó un fuego de fusil bastante activo.

El enemigo, reforzando sus tropas, intentaba desalojar á las nuestras que se sostenían bien.

Para apoyar este ataque, los americanos avanzaron su primera línea hasta **D. D.** formando un órden escalonado, en el que rehusaban su derecha fuertemente establecida.

Avanzaron destacamentos hasta **E. E. E.** para defender el paso de la primera barranca.

Destacaron en seguida, una gran columna **F.** con objeto, sin duda, de ligar el ataque al cerro, y envolver nuestra derecha despues de tomado aquel, si ántes no podía abrirse paso á viva fuerza.

Las tropas que pernoctaron sobre la loma **C. C.** que domina el camino, y formaban la extrema derecha de la línea americana, fueron trasladadas al centro para reforzarlo.

Miéntas esto tenía lugar, nuestras tropas comenzaron á moverse marchando á su frente.

La batería de la derecha, compuesta de las cinco piezas de á 8, mandada por el Capitan de artillería á caballo **D. Benigno Ballarta**, se situó en el punto **G.**, que dominaba perfectamente.

La primera línea de infantería sostenida por la segunda, descendió á la primera barranca, y bajo el fuego del enemigo, forzó el paso **E. E. E.**, ocupó la loma, y formada en batalla, rompió un vivísimo fuego de fusil.

El resultado de este primer choque, fué el haber tomado un cañon de á 4. de los que se perdieron en Monterey, y causado al enemigo muchos muertos, que quedaron en el terreno que se ocupó.

La toma del cañon se la disputaron los batallones de Querétaro y de Aguascalientes.

Por el camino, cubriendo la izquierda de la batalla una columna

H., compuesta de Zapadores y otros dos batallones, al mando del Coronel de Ingenieros **D. Santiago Blanco**; pero no pudiendo desplegar en lugar tan encajonado, ni sufrir en la inaccion el fuego de la batería enemiga **I.** tuvo el Coronel Blanco que mandar variar de direccion á la columna, y coronar la loma que estaba á su derecha donde el combate se había empeñado fuertemente.

Al mismo tiempo que en nuestra izquierda y centro, tenían lugar estos sucesos; en la derecha era arrollado el enemigo que atacaba el cerro, á pesar de los nuevos refuerzos que había recibido.

Los cuerpos ligeros, descendieron de la altura cargando á la bayoneta sobre los americanos, que se retiraron en desórden, sufriendo pérdidas de consideracion.

En esta carga, nuestros soldados se manifestaron implacables hiriendo con las bayonetas á cuantos alcanzaron. En vano muchos americanos, arrojando el arma, mostraban á los nuestros los rosarios de que iban provistos, gritando que eran cristianos. Solamente debido á la eficaz intervencion de los oficiales, se pudieron salvar algunos, que dejados á retaguardia sin escolta, lograron escapar y volver á su campo.

En estos momentos, las líneas empeñadas, hacian fuego en toda su extension á medio tiro de fusil. La gran columna americana que apoyaba la izquierda de su primera línea, avanzaba intrépidamente sobre nuestra derecha.

Pero las cinco piezas que mandaba **Ballarta**, en cuya batería se hallaba el General **Micheltorena**, por órden del General en Jefe, hacian un fuego tan vivo y certero sobre aquella columna, que se veía á cada momento obligada á detenerse para reformarse.

En tales circunstancias, los cuerpos ligeros desplegaban en batalla en el punto **J.** tomando de flanco la línea enemiga, y rompiendo un vivo fuego. La columna batida de frente, de flanco, y tambien por la batería de **Ballarta**, ya no pudo avanzar; hizo alto y trató de desplegar de alguna manera; pero pronto entró la confusion en sus filas, y se dispersó completamente, viéndose el campo lleno de fugitivos.

Este episodio de la batalla, está representado en el croquis adjunto: puede decirse, que entónces fué la crisis de aquella funcion de armas.

La primera línea enemiga, viéndose desbordada por su izquierda, no pudo sostenerse, y se replegó hacia **L L** protegida por la segunda línea.

Nuestras tropas no pudieron seguir inmediatamente, porque habían sufrido mucho, y era necesario reformarlas y reforzarlas con la segunda línea; tanto más, cuanto que algunos cuerpos de reclutas habían tenido gran número de dispersos.

Los del enemigo, habían ido á rehacerse entre su segunda línea y la reserva.

La Brigada ligera cuya mision debía de ser, la de batir las líneas americanas por el flanco, miéntras que las otras tropas las atacaban de frente; llevada de su entusiasmo, ó tal vez, por orden expresa, abandonó el puesto que ocupaba, y formando en columna, siguió avanzando por la falda de las montañas de la derecha, hasta llegar á la Hacienda de Buenavista en **M**, donde halló una enérgica resistencia, que por carecer de artillería no pudo vencer.

Tuvo, pues, que retirarse con bastante dificultad, porque el General Taylor con tropas de su reserva, le impedía la vuelta á nuestro campo.

La batería del Capitan Ballarta, dejó la posicion que tenía, y aunque con algun trabajo, logró pasar la barranca que tenía delante, cerca de su nacimiento, y avanzó hasta el punto **N**, centro de nuestra línea, donde desplegó en batería y rompió de nuevo su fuego.

La extrema derecha, quedaba pues, sin artillería.

Creo, que con un poco de esfuerzo, pudo haberse llevado la batería de á 12, al lugar que ahora ocupaba la de á 8, y ésta, situarla en la derecha de la batalla, para apoyarla, y para cruzar su fuego con la primera.

No comprendo la causa por que no se tomó esta determinacion, tanto más cuanto que la batería de á 12, apénas pudo hacer algunos disparos durante la jornada, porque en el lugar de su emplazamiento, la ofuscaban las desigualdades del terreno.

La caballería, avanzó dividida en dos grandes columnas, tomando una de ellas por la falda de las montañas de la derecha, y la otra por la izquierda, siguiendo el camino del Saltillo. En el campo quedaron algunos escuadrones de reserva.

La Columna que marchó por la derecha, caminó al principio sin hallar obstáculos, pero despues, sostuvo algunos combates hasta llegar á la Hacienda de Buenavista, donde derrotó á la caballería americana, teniendo que retroceder al ser atacada, por fuerza que sacó el enemigo de su reserva para auxiliar la hacienda.

Parte del Regimiento de Coraceros revasando el campo enemigo, le fué imposible volver por entónces á nuestras líneas.

Durante el avance de esta columna, ocurrió el episodio siguiente:

El Comandante de Escuadron del Regimiento de Húsares D. Juan Luyando, iba á pasar con la lanza á un riflero; pero poniendo éste rodilla en tierra demandando gracia, Luyando lo dejó y pasó adelante. El riflero se levantó en el acto, y apuntando al que le debía la vida, lo derribó del caballo, atravesándolo con una bala. La muerte del comandante, fué en el momento vengada por sus soldados.

La columna de la izquierda, encajonada, y batida por la batería **I**, no pudo continuar por el camino real. Varió de direccion á la derecha, y pasando por retaguardia de la primera línea, maniobró por el ala derecha, sosteniendo varios combates hasta llegar á Buenavista, de donde tuvo que retroceder, por no poder vencer la resistencia que en la hacienda le opusieron.

Estos ataques aislados contra un edificio fuerte, no podian producir resultados favorables. Si los esfuerzos de los cuerpos ligeros, y de la caballería, se hubieran dirigido simultáneamente sobre los flancos y las espaldas de las líneas enemigas, que ya combatían de frente, el éxito hubiera sido completo.

Gran pena causaba el ver, que miéntras las tropas se batian bizarramente forzando al enemigo á replegarse, algunos cuerpos de reclutas sufrían gran dispersion, viéndose el camino de Aguanueva lleno de fugitivos, sin que los escuadrones de reserva se ocupasen en detenerlos y organizarlos.

No se puede negar que los americanos combatieron brillantemente, ni que su general maniobró con habilidad; pero á pesar de sus esfuerzos, tenían perdida la batalla desde el momento en que nuestras tropas, desbordaron la izquierda de sus líneas.

Sin las faltas cometidas por nuestros generales, sin la carencia de direccion que se notó desde aquel momento crítico, la posicion del Ejército Americano era insostenible,

Así sin duda lo juzgó el General Taylor, comenzando á preparar su retirada por el camino del Saltillo.

Probablemente era su designio, irse retirando por escalones, para cuyo efecto se presta admirablemente el terreno, y procurar así, ganar la ciudad de Monterey.

Si aquella retirada se hubiera verificado, enorgullecidas nuestras tropas, habrían cargado con mayor brio; la caballería, aprovechando los lugares escampados, no hubiera dejado reposo al enemigo; y éste se hubiese visto obligado á dejar en el campo una parte de su material de guerra: esto es, si antes de llegar á Monterey no quedaba terminada su completa derrota.

Por desgracia, nada de esto sucedió. La columna de carros que inició la retirada, sin duda tuvo noticia de la presencia de la caballería del General Miñon. No pudiendo seguir adelante, ni esperar tropas que la protegieran por hallarse todas empeñadas en la batalla; no tuvo más remedio que retroceder, y formar un reduto con los carros junto á la Hacienda de Buenavista, para aumentar la resistencia.

La polvareda y el gran movimiento de aquella columna de carros que llegaba al trote, por el camino del Saltillo, hizo creer al principio, que los americanos recibían refuerzos: luego, aplicando los anteojos, y tomando noticias, se supo lo que realmente acontecía.

El General Taylor estaba, pues, sin retirada, encerrado en una garganta cuyas salidas ocupaba el Ejército Mexicano.

Pero el enemigo tenía víveres, mientras nosotros no contábamos siquiera con una ración por plaza. Ni aún los oficiales tenían con que alimentarse. Por consiguiente, no había esperanza de obligar á Taylor á rendirse por hambre. Era indispensable destruirlo con las armas.

Así pues, la combinación de colocar la columna de caballería del General Miñon, á retaguardia del enemigo, salió contraproducente.

La máxima de, *A enemigo que huye, puente de plata*, hubiera sido conveniente observarla en esta vez. Por lo demás, el General Miñon no tomó parte en la batalla.

Serían las once de la mañana, y la lucha seguía con encarniza-

miento. El número de nuestros muertos y heridos era considerable. El General Lombardini que mandaba una división, el General D. Angel Guzman que mandaba una brigada de caballería, y muchos jefes y oficiales, habían sido conducidos á la ambulancia.

Los americanos se habían rehecho, después de la terrible crisis que acaban de pasar, y relevadas sus líneas se aprestaban de nuevo al combate.

Es verdad que á pesar de sus esfuerzos, no podían recobrar el terreno perdido; pero detenían en su marcha victoriosa á nuestros soldados.

La lucha continuaba, sin que la balanza se inclinase á uno ú otro lado.

El General Santa-Anna, había caído con el caballo que montaba, y que una bala de metralla había herido en la cabeza.

El tiempo corría, el número de víctimas aumentaba, y el combate no tenía trazas de cesar.

Mas, repentinamente, se formó una gran tormenta, que descargando abundante agua sobre los combatientes, los obligó á suspender la lid. En esto serían las dos de la tarde.

Ambos ejércitos aprovecharon el tiempo en reorganizarse para volver á la contienda, cuando un magnífico arco-iris, abrazando los dos campos, parecía invitarlos á la paz.

Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algun tiempo. Solamente la batería de piezas de á 16 situada en O., había entablado un duelo con la batería enemiga I, pero sin obtener resultado alguno notable.

Entonces ocurrió un suceso, que es necesario consignar.

De una de las barrancas inmediatas, salió al camino, un hombre á caballo con vestido de paisano, y á todo correr, tomó la dirección de la batería enemiga.

Todos creyeron que fuera algun explorador del enemigo que trataba de refugiarse en su campo, ó que llevase alguna noticia.

Pero, aquel hombre, cuando se vió entre los cañones americanos, reboleó su lazo, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupas á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas que afortunadamente no le tocó.

Como este hecho coincidió con la aparición casual sobre el camino, de una fuerza de caballería que salió de una barranca, el enemigo coronó con multitud de tiradores, la altura que quedaba á la espalda de la batería.

Los nuestros, entretanto, llenos de admiración, no apartaban la vista de aquel temerario que volvía á todo correr á nuestro campo.

Era un antiguo insurgente llamado Villareal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, en calidad de conductor de parques con carácter de sargento 2.º

Tuvo ganas, según dijo, de traer un yankee prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Quedaron todos admirados de resolución tan atrevida. Pero este hecho, no lo he visto consignado en ningún documento oficial, ni aún relatado en los periódicos.

Nadie pronuncia el nombre del pobre viejo Villareal, que murió después en la oscuridad y en la pobreza.

Testigo presencial del hecho, quise tributar en mi diario un recuerdo al mérito, dando á conocer al hombre, y la acción distinguida que hizo.

Así hubo en esta lucha malhadada, muchos hechos honrosos que no son conocidos.

Reorganizados los americanos, acometieron vigorosamente á nuestra línea; pero después de un combate encarnizado, en que pareció que agotaron sus fuerzas, tuvieron que retirarse, dejando en poder de nuestros soldados dos cañones de á 6, de fundición americana; un carro de municiones y tres banderas. (1)

En este combate, se condujo bizarramente el Coronel D. José María Carrasco. Hallándose separado del mando del Segundo Ligero de infantería á consecuencia de los sucesos de Monterey, iba en el ejército desempeñando una comisión insignificante. Mas, habiendo sido muerto el Comandante de Batallón D. Julian de los Ríos, que mandaba el cuerpo accidentalmente; Carrasco tomó la bandera, y poniéndose al frente del batallón, lo lanzó sobre el enemigo obligan-

(1) Una de estas banderas, fué regalada á la Legislatura del Estado de San Luis Potosí, por el General Santa-Anna.

do á éste á retirarse. El Coronel montaba un corpulento caballo frison, que lo hacía muy visible.

Los coraceros, que buscaban un paso para incorporarse á nuestro campo se introdujeron por el cañón P. con ánimo de salir por la garganta Q.

Como á tanta distancia no podía distinguirse bien, se supuso que era fuerza enemiga que venía á flanquearnos. Hay que advertir, que los coraceros no llevaban los cascos ni las corazas, y que con sus uniformes azules, bien se podían confundir con los americanos.

Esto introdujo bastante alarma en la extrema izquierda de la línea, en donde no se contaba con más fuerzas que con un pequeño batallón de doscientos hombres que servía de sostener á las baterías.

Hubo quien indicara al Coronel D. Antonio Corona, Comandante General de Artillería que sería oportuno hacer cambiar de frente á la izquierda algunas piezas de la batería O., para cruzar sus fuegos sobre la garganta Q con las tres piezas de fierro de á 24 que acababan de montarse en sus cureñas, y estaban en el punto R.

El coronel no se resolvía á disponer nada, sin la orden del General Santa-Anna, pero haciéndole ver lo apremiante de las circunstancias, se decidió á ordenar la maniobra indicada, como se verificó.

El General Santa-Anna, que había observado el movimiento de los coraceros, mandó violentamente á su Ayudante, el General D. Diego Agüelles, con orden de hacer marchar al batallón que servía de apoyo á las baterías de la izquierda, para que ocupara la salida de la garganta Q, donde había estado el día anterior.

En estos momentos, apareció la cabeza de la tropa de coraceros en la referida garganta; mas dos balas de á 24 que llegaron rebotando hasta ella, le advirtieron que no era prudente pasar adelante.

Un oficial que se destacó, vino á deshacer la equivocación y ya pudieron los coraceros incorporarse á nuestro campo.

El Teniente Coronel D. José María Castro, conocido por el *barbon*, vestido de riguroso uniforme, como se presentaba siempre en las acciones de guerra, se disponía á marchar con su batallón á ocupar la garganta Q, cuando la llegada de los coraceros le hicieron suspender la marcha.

La alarma que causó en nuestro campo, la aparición de una fuerza relativamente pequeña en la garganta **Q.**, puede dar una idea del efecto que hubiera producido un ataque formal.

Recíprocamente, el efecto habría sido el mismo para el enemigo, si tropas nuestras, hubieran, desembocado por el cañon **P** durante lo más reñido de la batalla.

Estos fueron los últimos episodios de la batalla del día 23.

Los americanos se replegaron á las líneas de puntos **S. S.** y nuestra primera línea quedó formada en **T. T.**

Había cesado completamente la batalla. Solo se oía uno que otro tiro de fusil, que disparaban algunos hombres sueltos que emprendían combates individuales.

Nuestras tropas estaban sentadas en cuclillas, manteniendo el fusil verticalmente, con la culata apoyada en tierra, sobre el último terreno que habían conquistado.

A pesar de no haber tomado alimento en todo el día, el aspecto de las tropas era halagüeño. Parecían satisfechas y contentas por haber vencido hasta allí la tenaz resistencia que habían opuesto los americanos.

Podía creerse, que lo que faltaba que hacer, era trabajar en la noche en prolongar nuestra línea hácia la derecha, subiendo una batería á la altura **W.** para enfilarse al día siguiente el campo enemigo.

Me parece que no hubiera sido muy difícil conducir hasta **W.** la batería de á 8, substituyendo á ésta en su emplazamiento con los cañones de á 12 y el obús de 7 pulgadas.

Así hubiéramos presentado en línea el día siguiente catorce piezas mientras que el día 23 no tuvimos mas que nueve.

La batería de á 16 permanecería en **O.** y la de á 24 que acababa de montarse, se colocaría á su izquierda sobre el camino. Reunidas estas seis piezas de grueso calibre, producirían buenos efectos sobre la derecha del enemigo.

Quedarían, pues, funcionando todos nuestros cañones, y concentrarían sus fuegos sobre las líneas **S. S.** como se indica en el croquis.

Atendidas las pérdidas que los americanos habían sufrido y el estado de desmoralización en que se encontraban, es creíble que á día siguiente, hubiera nuestro ejército consumado su derrota.

Estas eran las esperanzas del ejército, así discurrían muchos oficiales.

Pero, la desgracia que nos perseguía, lo ordenó de otra manera.

Al anoecer, se comunicó orden á las líneas, que estuviesen dispuestas para retirarse.

Semejante disposición causó un general y profundo disgusto; se veía con dolor, que se iban á perder tantos sacrificios como se habían hecho: que abandonando el campo conquistado, se daba la victoria al enemigo, sin que éste hiciera nuevos esfuerzos para conseguirla: y en fin, que se afirmaría la idea, ya generalizada en el ejército, de que era imposible vencer á los americanos.

Las razones que se daban para la retirada, eran las siguientes.

Que no había que darle de comer á la tropa.

Que el ejército se hallaba muy fatigado, y no podía combatir al día siguiente.

Que, si permanecían en el campo de batalla, sería posible que en la noche se desbandaran muchos de nuestros soldados.

Estas razones eran en extremo especiosas.

Si no había que dar de comer á la tropa en el campo que ocupaba, tampoco había en Aguanueva, donde permaneció despues acampada varios días; y es seguro, que con lo que allí se mantuvo, pudo haberse mantenido en Angostura.

Ademas, en la noche del 23, sucedió, que algunos cuerpos que pudieron poner rancho, no teniendo tiempo para repartirlo, á causa de la retirada, vaciaron el rancho en el suelo para poder cargar los calderos en las mulas.

Una poca de prevision, hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla.

Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche, en vez de obligarlo á andar cinco leguas hasta Aguanueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía á perseguirlo.

La misma fatiga del ejército, era una razón para no temer un desbandamiento, pues nadie pensaba mas que en el descanso.

Ademas, las tropas habían vislumbrado la victoria, estaban entu-

siasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan. Tambien sabían, que el enemigo tenía en el Saltillo almacenes bien provistos, de víveres, de vestuarios, y aún de dinero: miéntras que á retaguardia de nuestro ejército, solo había un desierto desprovisto de todo recurso.

De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la órden de retirada

Poco despues de cerrar la noche, y aprovechando la escasa luz de la Luna nueva, las tropas fueron descendiendo de las alturas que con tanto sacrificio habían conquistado, y formando en columna sobre el camino.

Por fortuna, el enemigo no sintió nuestro movimiento, por que un ataque vigoroso en aquellas circunstancias, acaso hubiese producido un desastre.

Al principio, la marcha se verificó ordenadamente; pero el disgusto que experimentaba la tropa, y el deseo que cada uno tenía de llegar cuanto antes al punto de descanso, hicieron que cada cual marchase como podía, mezclándose los soldados de unos batallones con los de otros, produciendo con esto la mayor confusion.

Esta confusion, aumentó necesariamente al ocultarse la Luna.

El ejército se acercaba al punto de su destino, por aquella noche, guiado por la luz que producía el incendio de la Hacienda de Agua-nueva, que había tomado grandes proporciones.

Cada cual, se acostaba segun iba llegando, donde y como le era posible; y puede asegurarse, que solamente la artillería, permaneció reunida, aparcando á la derecha del camino.

En la misma noche reunió el General Santa-Anna un Consejo de Guerra, compuesto de los generales, y de los Comandantes Generales de artillería é ingenieros.

El Consejo de Guerra resolvió, consignándolo por escrito, que la retirada era indispensable

Febrero 24.

La mañana de este día, se empleó en reorganizar los batallones reuniendo los soldados de cada uno.

A cosa de las diez, llegó un Jefe del Estado Mayor del General Taylor, en calidad de parlamentario.

Proponia entregar los heridos que habian quedado en el campo, y hacer cange de prisioneros.

Creo que el verdadero objeto que llevaba, era, investigar el estado moral del General en Jefe y la condicion material del ejército.

El General Santa-Anna dispuso que se quitase la venda al parlamentario, que pudo ver perfectamente el órden ya restablecido que guardaba nuestro campo, el cual presentaba todavía un aspecto imponente.

Ya en el reposo del campamento, se pudieron apreciar las pérdidas que el ejército había tenido.

El total de ellas fué de tres mil cuatrocientos noventa y cuatro hombres entre muertos, heridos y dispersos. Es decir, más de la cuarta parte de la fuerza.

El detall de la baja es como sigue:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
Dispersos.....	1,854
Total.....	3,494

De los muertos fueron:

Jefes y oficiales.....	23
Tropa.....	568
Total.....	591

De los heridos fueron:

Generales.....	2
Jefes y oficiales.....	101
Tropa.....	934
Total.....	1,037